

FIAT LUX

Semanario liberal destinado al fomento de la producción literaria
APARECE LOS DOMINGOS

ADMINISTRACION

223—URUGUAY—223

Precio de suscripción

Por trimestre. . . . \$ 1.50
 Numero suelto " 0.20

SUMARIO: EDUQUEMOS LA MUJER—EDUCACION
 CONTRA NATURALIDAD—RECUERDOS
 DE LA CUARESMA—A VEELA PLUMA.
 —TARJETONES—LAS CEREZAS—A
 ELVIRA—NOTAS MISCEÑAP—CHIS-
 PAS—ROMPE CABEZAS—NOTICIAS.

EDUQUEMOS A LA MUJER!

—0—

No nos cansaremos de repetirlo: los verdaderos culpables de que los sentimientos religiosos de la mujer, sean inicua mente explotados, somos nosotros mismos.

Nos unimos a la mujer buscando en ella la compañera con quien hemos de compartir las horas tristes ó alegres de nuestra existencia y sin embargo; cuan raras veces nos preocupamos de iniciarla siquiera, en el conocimiento del mundo moral en el que vive nuestro espíritu, como en un santuario donde hasta el falso amigo puede penetrar, pero casi nunca la mujer, ella, que lo perfumaría con el aroma de sus tiernos sentimientos!

Preguntad a muchos hombres, de que hablan generalmente con sus esposas; de sus negocios, os dirán; de asuntos domésticos, de mil nimiedades y fruslerías—nunca de cuestiones realmente serias y trascendentales.

¿Para qué? Las mujeres no entienden nada de eso.

¿Que no entienden! Pero como han de entender, si nadie se toma el trabajo de enseñarse-lo? ¿Pretenderiais acaso que un ciego distinguiese los colores?

Si así como muchos hombres anotan diariamente los acontecimientos de su vida, aun los mas insignificantes y triviales, anotasen tambien un extracto de las conversaciones que han tenido con sus esposas, con sus madres ó sus hijas, se admirarian ciertamente de ver como han transcurrido años y años, sin haber consagrado ni un cuarto de hora quizás, a producir esa comunidad de ideas y sentimientos, que es el único lazo que puede atar las almas para siempre.

¿Que ha de hacer entonces la mujer, en medio de la soledad moral a que la condenais? ¿Renunciar a los sentimientos que son la esencia de su ser? No lo esperéis.—Así como toda planta que nace en sitios sombríos, busca instintivamente la luz, estirando sus ramas como brazos que se levantan hacia el cielo en demanda de consuelos y esperanzas, la mujer buscará tambien fuera del hogar, luz que bane su espíritu, esa luz del mundo moral, tan necesaria a las almas, como lo es la del Sol a las plantas.

Convencenos: el fanatismo religioso de la mujer, no desaparecerá, no puede desaparecer, mientras no os preocupéis de aplacar esa sed que es en ella inextinguible, sed de lo eter-

no, de lo que se levanta por encima de todos nuestros ardientes debates, en los que a ella no se la toma en cuenta para nada.

Probad a hacerlo y vereis cuan pronto se disipan las tristes brumas que la envuelven, tristes brumas condensadas en los centenares y aun millares de años que hace que no nos oye hablar de las cosas que respectan al corazón, a la vida moral de las cosas eternas, de religion, del alma, de Dios.»

Confesémoslo con franqueza: hoy por hoy, ninguno de nosotros predica sus doctrinas en el seno de su familia y pretenderemos que los extraños nos oigan y nos sigan! Queremos apuntalar la casa del vecino y cerramos los ojos ante la nuestra que se nos viene encima!

Las creencias religiosas de la mujer!

Me parece oiros decir: inmiscuirse en ellas, sería lo mismo que pretender que ajustase a nuestro gusto ó a nuestro capricho, su toilette, la flor que se colóca en la cabeza, el color de la cinta con que se adorna. Dejadlas, dejadlas, en libertad completa para a tornar tambien sus almas!

Y sus almas se adornan, se adornan sin consultaros para nada, pero no por medio de sus manos pequeñas y delicadas; no, una mano ruda, que casi siempre aja y marchita cuanto toca es la que se encarga del atavío espiritual de vuestras esposas, de vuestras madres y de vuestros hijos!

¿No veis la profanación, no sentís remordimientos, cuando un dia os percibís de que ia preciosa joya, ha sido mutilada por las manos de un artista que al engarzarla, no se ha preocupado de que todas sus facetas brillen, sino antes bien de oscurecerlas y sobre todo, de oscurecerlas para siempre.

El desden ó el ultraje! He ahí las únicas cosas que nos inspiran las creencias religiosas de la mujer. El ultraje si, por que hay espíritus extraviados que no saben venerar ídolos colocados en ajenos altares y la mujer, es el ídolo a quien por bastardas conveniencias y obedeciendo a diabólicos planes, se ha colocado en un altar ante el que nosotros no podemos prosternarnos.

Ah! todo esto debe cesar: es necesario que cese, para bien de todos, de nosotros mismos, de la familia, de la patria!

Vosotros los que hacéis tan bonitas frases cuando habláis ó escribís sobre la educación de la mujer, ved que en el terreno de la vida práctica, no os esforzáis por que se hagan carne vuestros hermosos ideales; ved que si la educación de la mujer es el desideratum de la felicidad de los pueblos, sois vosotros los primeros que debéis poner manos a la obra, empezando por los seres que os son queridos, por los que no irían talvez a arrodillarse delante de un confesionario, en demanda de dirección espiritual, si vosotros se la dieseis!

Apóstoles sinceros, de una doctrina que se

escarnece impunemente por que no la conoce la mujer,—apresuraos a predicarla: es vuestro mas sagrado deber y asi lo exigen imperiosamente, vuestra dicha y la de todos los seres a quienes debéis proporcionar, no solamente el alimento material, sino tambien el espiritual.

Hugonote.

Educación contra naturaleza

Si echo una mirada retrospectiva a mi ya avanzada vida, solitaria y laboriosa, hallo una grata compensación a cuanto me ha faltado, y esta compensación estriba que me ha sido dado contemplar en la historia un misterio verdaderamente divino, tanto cuanto hubiera podido hacerlo un nombre de la época que yo estudiaba.

No me refiero al espectáculo de las grandes crisis dramáticas que parecen ser los golpes de Estado de Dios, sino a la acción suave, paciente, con frecuencia apenas sensible, por medio de la cual la Providencia prepara, suscita y desarrolla la vida, la cuida y la nutre y va fortaleciéndola.

Apelo al testimonio de mis ilustres amigos, historiadores de la humanidad o de la naturaleza. Díganme estas si la mayor recompensa de sus trabajos, su mayor consuelo en medio de los embates de la vida, no ha sido la contemplación de lo que podemos llamar la maternidad de la Providencia.

Dios es una madre; y esto que digo, es perceptible para aquellos que ven con que miramiento pone las fuerzas mayores al alcance de los seres mas débiles. ¿En pro de quien se verifica ese trabajo inmenso? ¿Para quien ese concurso de elementos, esas aguas venidas de remotas mares y esa luz que nos llega de treinta millones de leguas? ¿Cuál es el predilecto de Dios ante el que la naturaleza se mueve activa o moderada y contiene su aliento? Es una brizna de yerba de los campos.

Anotar es es miramiento tan hábil, tan delicado, ese tanto de decir, ese deseo de conservar, ese tanto respeto por la existencia, ¿quién desea crear la mano maternal?

La gran madre, la gran nodriza es como todas las madres: teme ser demasiado robusta y abraza con suavidad; influye, pero no obliga; dá sin cesar, pero poco a poco, para que el ser a quien alimenta, sea cual fuere, no permanezca mucho tiempo pasivo, se ayude a si propio y, según su especie, tenga tambien acción.

El eterno milagro del mundo está en que la fuerza infinita, lejos de sofocar la debilidad, quiere que esta se transforme en fuerza. La Omnipotencia parece que entra una felicidad divina en crear y fomentar la vida, la acción y la libertad.

La educación no tiene otro fin que el de imitar, en la cultura del hombre esta conducta de la Providencia. Lo que la educación se propone, es desarrollar a una criatura libre, para que esta a su vez pueda por si misma obrar y crear.

En la desinteresada y tierna educación que dan a su hijo, los padres no quieren nada para si, sino todo para el, que se desarrolle armonicamente en todas sus facultades, en la plenitud de sus fuerzas, que paso a paso se fortalezca y sea hombre y los sustituya.

Ante todo quieren que el niño desarrolle su actividad, aun cuando para ello debieran sufrir. Si el padre tira el librete con él, le da ventaja para animarle, retrocede, deja que le dé un botanazo y nunca le parece que hiera con bastante fuerza.

La idea de los padres, el objeto de sus desvelos durante el trascurso de tantos años, es que con el tiempo el niño pueda prescindir de ellos, abandonar el hogar paterno. Su misma madre se resigna a que parta y le destina a las arriesgadas carreras de las armas o de la marina. ¿Qué quiere la madre? Que su hijo vuelva hecho hombre, tostado por el sol de Africa, distinguido y admirado, y que entonces se case y ame a otra mujer mas que a ella misma.

Tal es el desinterés de la familia: lo único que esta pide es producir un hombre libre y fuerte, que pueda, si es menester, desprenderse de ella.

Las familias artificiales, ó cofradías de la edad media, en su origen tenían algo de este carácter divino de la familia natural, el desenvolvimiento armónico en la libertad, de cuyo desenvolvimiento tuvieron una sombra en su principio las grandes familias monásticas, sien to en unces cuando produjeron los grandes hombres que las representaban ante la historia. Únicamente fueron fecundadas cuando dejaron ago al libre desenvolvimiento.

Solo los jesuitas, instituidos para una acción violenta, política y batalladora, han emprendido la tarea de hacer entrar, por completo al hombre en esta acción. Quieren apropiarse sin reserva, emplearlo y retenerlo, desde que nace hasta que muere. Se aporran de él por medio de la educación, antes que la razón, despertada, pueda tomar la defensiva; lo dominan por medio de la intimidación, y los gobiernan en sus menores actos por medio de la dirección.

¿Cuál es esta educación? Su apologista, el jesuita Serruti, lo dice con bastante claridad. «Así como se fajan los miembros del niño desde la cuna, para dárles una proporción justa, es necesario FAJAR, por decirlo así, su voluntad desde su primera juventud, a fin de que conserve durante toda su vida una feliz y saludable flexibilidad.»

Se puede pensar a limitar que una facultad falte durante largo espacio de tiempo pudiera volverse activa, bastaría substituir esta suave expresión con la frase más franca, que no han parado en escribir en su regla y que indica a las claras el género de obediencia que exigen y que será el hombre en sus manos: Como un palo, como un caballo.

Pero, dirán ellos: «Si a costa de la voluntad mejoramos las demás facultades, ¿no hay compensación?»

Probad que han ganado; probad, que el espíritu y la inteligencia puede vivir en el hombre con la voluntad muerta. ¿Qué grande hombre habéis producido en el espacio de tres siglos?

Aun cuando la facultad del hombre debiera mejorar con la debilitación de la otra, ¿quién tiene derecho para practicar semejantes operaciones, por ejemplo, cegar el ojo izquierdo, so pretexto de que el ojo derecho adquirirá vista más clara?

Ya yo sé que los creadores ingleses han hallado el arte de formar extrañas especialidades, como por ejemplo, carneros que no son mas que grasa, bueyes todo carne y elegantes esqueletos de caballos para ganar premios, caballos para montar a los cuales han tenido

Recuerdos de Cuareşma

«LAS PENITENTES»

Son las cuatro; la iglesia está sumergida en la sombra y el silencio. Apenas si el rodar de los carruajes llega confusamente a esta mansión del rezo, y el crujido de la bota, que se repite a lo lejos, es el único ruido humano que turba esta gran calma.

A medida que se adelanta, se percibe en las naves, grupos de fieles arrodillados, inmóviles, silenciosos. Al ver la desesperación que parece exprimir su persona, uno se siente lleno de tristeza y de inquietud. ¿Es acaso una reunión de condenados?

Una de estas capillas ofrece un aspecto particular: cien ó ciento cincuenta señoras, perdidas entre el terciopelo y la seda, están santamente reunidas al rededor del confesionario. Un dulce olor de violeta y de vervena embalsama los alrededores, y uno se detiene a su pesar, ante este conjunto de elegancias.

De las dos celdas de la penitencia, las ondas de una saya rebelde se lanzan hacia afuera, porque la penitente, retenida por el talle, no ha podido entrar sino la mitad de su cuerpo en un lugar tan estrecho; sin embargo, se percibe, en la sombra, su cabeza que se agita, y se adivina por los movimientos contritos de su pluma blanca, que su frente se inclina al peso de la humillación y del arrepentimiento.

Apenas ha concluido su breve oración, que diez vecinas se precipitan para reemplazarla. Este apresuramiento se comprende y se explica, por que esta capilla es la en que confiesa el abate Gelón; y es sabido que cuando el abate Gelón confiesa es como si predicara; hay gran concurrencia.

Dirije a todas estas señoras, el buen abad, y con una abnegación evangélica, queda encerrado durante horas enteras en ese cuarto, sin luz y sin aire, a través de cuyas rejillas, dos eternas penitentes le soplan constantemente sus pecados.

¡El buen abad! lo que tiene de adorable, es que no es largo. Sabe evitar los detalles inútiles, ve el estado del alma con una firmeza de tacto y una seguridad de golpe de vista que evita mil dificultades; de suerte que siendo, en el sentido mas lato, un hombre de espíritu y de mundo, hace casi agradable la relación de esas pequeñas debilidades, de las cuales, él os ha dicho la mitad.

Se acerca una a él, un poco molestada con su atalfo, y como una vacila en contarle todo, con mano discreta y sabia, desata el objeto, examina rápidamente su contenido, sonríe u os consueta, y la confesión se ha hecho sin que hayais dicho una palabra; de manera que exclamais, posternándoos delante de Dios: ¡Pero, señor, yo estaba pura, blanca como el lirio, y tanto que me inquietaba!

Aun cuando bajo su hábito sacerdotal cesa de ser hombre y habla en el nombre de Dios, el timbre de su voz, la delicadeza de su mirada, traicionan la distinción de su cuna y revelan esta flor de cortesía que en manera alguna dañaría al ministro de Dios.

Si Dios quiere que haya en el mundo un arrabal San German y nadie seria capaz de negar que así lo desea, ¿no es justo que nos dé un ministro que hable nuestro idioma y que comprenda nuestras delicadezas? Esto cae de su peso, y yo no comprendo, en verdad, algunas de esas señoras que me vienen a

necesidad de enanos, tristes criaturas a quienes se les priva crecer.

¿No ós impio aplicar al alma aquel ofensivo arte de formar monstruos, y decirle: «Conservarás tal facultad y sacrificarás la otra; te dejaremos la memoria, el sentido de las cosas pequeñas, tal costumbre astuta; pero te arrebataremos lo que contribuye tu esencia, aquello que es tú mismo, la voluntad y libertad, de modo que de esta suerte inútil, vives aún, pero como instrumento, y para siempre jamás dejas de pertenecerle?»

Para estas cosas monstruosas, es menester un arte también monstruoso, que monstruoso es el arte de mantener a los hombres reunidos y sin embargo aislados; unidos en cuanto a la acción, pero desunidos de corazón y concurriendo al mismo fin haciéndose la guerra.

Para obtener este estado de aislamiento en la misma sociedad, se necesita dejar primeramente los miembros inferiores en la más absoluta ignorancia de lo que se revelará en los grados superiores de modo que pasen a ciegas de un grado a otro y como si ascendieran en medio de las tinieblas.

Es el primer punto. En cuanto al segundo su objeto es levantar recelos entre unos y otros por temor a los delaciones mutuas.

El tercero tiende a completar este sistema artificial por medio de libros ex-profeso que les muestran la sociedad al través de un prisma completamente engañoso; de modo que no poyendo ningún medio de comprobación quedan para siempre encerrados y como maduras en la mentira.

Quiero no citar más que uno sólo de estos libros, es «Compendio de historia de Francia», edición de 1843 libro, desde hace veinticinco años, exparcido por millones en Francia, Bélgica, Saboya, Piamonte y Suiza, libro tan bien prohibido por ellos, que lo modifican de año en año expurgándolo de las palabras ridículas que habian dado celebridad al nombre del autor, pero no de las calumnias y blasfemias contra Francia. En todo el libro resalta el corazón inglés, la gloria de Wellington. Pero los mismos ingleses se muestran menos ingleses, hasta el extremo de refutar con desprecio las calumnias que los jesuitas han inventado ó reproducido contra nuestros muertos de Waterloo, entre otros el pasaje en el cual, al contar que las reliquias de la guardia imperial senegaban a rendirse, añade la historia escrita por los jesuitas. «Viose a aquellos furiosos disparar sus armas uno contra otro y matarse mutuamente» a la vista de los ingleses, a quienes tal espectáculo mantenía en un pasmo mezclado de espanto.»

¡Infelices; ¡cuán poco conocéis la heroica generación a quien gratuitamente calumniáis! Los que han visto de cerca a aquellos valientes pueden decirsi su sereno brio experimentó alguna vez accesos de furor. Alguno de ellos a quienes hemos conocido, era blando como un niño. ¡Ah! ¡les valientes siempre han sido apasibles!

Por poco prudente que seáis, no habléis nunca de tales hombres, como tampoco de estos tiempos. Guardad silencio sobre todo esto, pues de lo contrario dariais a conocer con sobrada facilidad lo que sois, esto es enemigos de Francia. «No toquéis a mis muertos!» os dirá esta; de no, ¡ay de vosotros! por que no están tan muertos como imagináis!

hablar del abate Brice; no es que yo quiera decir mal de este bravo abad; no es ni el momento ni el sitio. Es un santo, pero con una santidad un poco común y que necesitaría un poco de cepillo.

Es menester ponerle los puntos sobre las *i*, comprende mal ó no comprende.

Confesadle un pecadillo y su entrecejo se contrae; es menester decirle la hora, el instante, las circunstancias, los antecedentes; examina, palpa, pesa y concluye, con sus mil preguntas, por ser indiscreto y rayar en inconveniente. ¿No hay acaso en la santa misión del sacerdote un medio de ser severo con cultura y de ser caballero con las gentes bien nacidas?

El abate Brice huele á tierra arada, y esto lo perjudicará. Hasta es un poco republicano; mal calzado, uñas deplorables, y cuando se calza los guantes, dos veces en el año, sus dedos quedan abiertos y tiesos....

Yo no niego sus admirables virtudes, notadlo bien; más por mucho que hagais, no conseguireis jamás que una señora de mundo vaya á contar sus asuntos menudos al hijo de su arrendatario, diciéndole: «Padre mio.» No hay que llevar las cosas hasta el absurdo. Y después... yo no sé... pero este excelente abate Brice exhala un olor á rapé!...

Confiesa á toda clase de gente, y convendréis conmigo que es desagradable el tener á su mucama ó á su criada por «vis-á-vis» de celda.

No hay mujer que comprenda mejor que vos, mi querida señora, la humildad cristiana; pero en fin vos no teneis la costumbre de ir en ómnibus y no pensais adquirirla.

Os dirán que en el cielo seréis muy feliz de llamar á vuestro cochera: «Hermano mio,» y de decir á Rosalia: «Hermena mia;» pero esta buena gente habrá pasado antes por el purgatorio, y el fuego purifica todo. Además ¿quién me asegura que Rosalia irá al cielo, puesto que vos misma, mi querida señora, no estais segura de entrar en él?

Se conoce, pues, perfectamente que la capilla del abate Gelón está llena. Si se cuchichea un poco, es que hace tres horas largas que esperan y todo el mundo se conoce.

—Hacedme un larguico, querida, dice en voz baja una recién llegada deslizándose en medio de los vestidos, los reclinatorios y las sillas.

—Ah! sois vos, mi querida amiga, venid! Clementina y la señora de B. están allí en el ángulo, en la boca del cañon. Teneis por lo menos para dos buenas horitas.

—Si la señora de B. está ahí, no me extraña, es inagotable y no hay mujer que... cuente más lentamente. ¡Hola Ernestina! da dirije con la mano un pequeño saludo discreto. Es un ángel esta niña! Me ha confesado el otro día que tenía la conciencia muy turbada, porque en la lectura de la Pasión no podía decidirse á besar el suelo.

—Oh! encantadora! pero decidme: ¿besais vos el suelo?

—Yo! jamás! eso es muy sucio, querida.

¿Os acusais á lo menos?

—Oh! yo me acuso de todas estas faltillas, en masa; yo digo: «Padre mio, he tenido respeto humano.» Doy el total.

—Exactamente lo mismo que yo, y este buen abate Gelón chancela la cuenta.

—Hablando con franqueza, le faltaria tiempo si quisiera proceder de otra manera. Pero me parece que charlamos demasiado, monona; permitidme que piense en mis cosas.

La señora se instala en su reclinatorio. Sin quitar la vista del altar, se saca con elegancia

el guante de su mano derecha, y en su pulgar hace girar, moviendo los labios, su sortija de santa Genoveva, que le sirve de rosario. Luego, con los ojos bajos y la boca fruncida, levanta la manilla de su libro de Horas y busca las oraciones que se relacionan con el momento.

(Leyendo con fervor) «Dios mio, agobiada bajo el peso de mi... faltas me postro á vuestros pies...»—Lo que es matador es este frio en los pies. Con mi dolor de garganta, seguro que esto me cuesta un buen resfriado...—«Que me postro á vuestros pies...»—Decidme, querida, ¿Sabeis si la mujer del sacristán tiene un calentador? Nada hay peor que el frio en los pies, y esta señora de B. que se está horas enteras! Yo estoy segura que cuenta los pecados de sus amigas, al mismo tiempo que los suyos. Esto no tiene sentido común! ya no siento más mi pié derecho, yo le pagaría el calentador á esta mujer!—«Yo inclino mi frente en el polvo bajo el peso del arrepentimiento y de la...»—Ah! la señora de B. ha terminado; está colorada como un tomate.

Cuatro señoras se precipitan con un ímpetu piadoso para reemplazarla.

—Ay! Señora, no me empujéis, por favor.

—Pero, señora, yo estaba aquí antes que vos.

—Disculpad, pero no es cierto.

—Teneis una manera singular de entender el respeto por el santo lugar!

¡Chist! ¡Chist! Aprovechad la ocasión, señora, escurrid y ocupad el lugar vacio. (Al oido) No olvidéis al gordo de ayer, y los dos leves de esta mañana.

Omni Rutas.

A VUELA PLUMA

—o—

Solo dos acontecimientos de bulto hanse producido en la semana pasada; de los que á nosotros nos interesa narrar en esta seccion, se entiende.

Uno, ha sido por demas espeluznante, como que se trata nada menos que de la caída de un rayo ó centella (ignoramos el sexo del petardo celeste, en el templo católico de nuestra ciudad y el otro, también ha sido espeluznante para ciertos bolsillos, como que los ha dejado completamente extenuados—ya se comprenderá que nos referimos al bazar.

Dediquémosle algunas líneas á cada uno de ellos.

Un rayo ó una centella, que para el caso es lo mismo, que desoyendo los cánticos de las sirenas de Scila y Caribdis los pararrayos que existen en las dos torres de la iglesia, se cuela en el templo y produce en el altar mayor, en el altar mayor nada menos, serios desperfectos que vienen á hacer necesaria la organizacion de un nuevo bazar ó de cualquier otra cosa que de los mismo resultados, con el santo fin de repararlos! Habrase visto herejía mayor! Ese rayo ó centella si, que nos dá trece y raya á todos los liberales del Salto!

Bien es verdad que según nos dicen, allí donde nosotros vemos, sinó un castigo del cielo, que no creemos que en el cielo sean vengativos, un presente grieg) al menos,

don Crisanto ve resplandecer la bondad divina. Y á que no saben ustedes en que se funda?

Pues se funda, en que el rayo (por los saltitos que ha dado, yo creo que ha sido centella, mujer!), respetó la imágen que existe en el altar mayor, teniendo que dar por ello una especie de salto mortal!

Los incrédulos, talvez lo pongan en duda ó traten de explicarlo con algun principio de física sobre los buenos y malos conductores de la electricidad, pero francamente que á mi me gusta más la explicación que del fenómeno de don Crisanto. Buena gente son los rayos y las centellas, para que les dé uno alas para hacer desaguizados, haciéndoles comprender que los daños que causan, no son nada más que el resultado fatal del cumplimiento de leyes naturales! Qué sucedería? Que merced á su irresponsabilidad, estarian descolgándose todos los días, obligándonos en tiempo de lluvia, á salir de nuestras casas, provistos, no de para aguas, sinó de para rayos ó centellas!

Nada; que el rayo tuvo la mala intención de reducir á cenizas la imágen, á mi no me lo quita nadie de la cabeza. Diga Vd. que quien tiene mas poder que él, se interpuso, dejándolo con una cuarta de nariz y esto es todo y el que no lo crea, que reviente!

Pero á nada conduce discutir ya ese punto; lo serio y lo práctico, es discutir cual será la mejor manera de arbitrar recursos, para refaccionar el altar fulminado. Una holita de nieve... unos cartoncitos con cuadritos en blanco, para llenar cada uno de los cuales se paga dos vintenes; dos vintenes! quién no los tiene?... ¿Quién sabe! Tal vez fuera mejor crear un impuesto sobre los pecados!

Mientras el conclave discute esta seria cuestion, este proyecto de un nuevo asalto á los bolsillos, digamos algo del bazar.

Y á propósito ¿han podido vds. comprar una cédula siquiera? Lo pregunto por que me han asegurado que todas, fueron pocas para los ases de la baraja clerical. El as de espadas, gastó mas de cien pesos; el de oro, no digo nada y el de bastos y el de copas?

Un amigo me decia: si Vd. hubiera visto como vi yo, desde la calle, porsupuesto, á ciertos compradores, se habria reido mucho, porque parecian zánganos acosados por abejas. Y que lindas eran las abejas! Todas, elegantemente vestidas, con su correspondiente canastillo lleno de cedulitas, mareaban con su ir y venir, sus vueltas y revueltas....

Tantas idas y venidas
Tantas vueltas y revueltas
Quiero amiga que me digas
¿Son de alguna utilidad?

Fuera casualidad, fuera suerte ó que sé yo, ello es que en el primer día, salieron muchas cedulas premiadas.

Un señor muy grueso, se sacó ¿qué dirán

ustedes qué se sacó? ¡Un par de ligas! Es ocurrencia también, poner ligas como premio! Y lo peor del caso, es que, según se vió, las tales ligas no le servian al agraciado con ellas, porque tiene unas pier-nas!...

Una señora, no fué mas feliz; obtuvo como premio, despues de haber empleado unos cuantos realitos... ¡un gorro de dormir!

Y á una niña, muy mona por cierto, tocóle en suerte, ó mejor dicho, en desgracia, un juguete, un muñeco de esos que tirando de una cuerditita, hacen toda clase de cabriolas, como las que hacen los jesuitas por tal de atraerse á las niñas bonitas á las feas ni de balde las quieren, convénzanse! para utilizar su belleza, en sacarle al prójimo los cobres del bolsillo, sin que lo sienta!

Mucho se habló cosas que propalan las malas lenguas! de que las vendedoras del bazar irian al teatro, á las plazas y á los cafés á ofrecer su mercancía, cosa que dicho sea en honor de las vendedoras, nunca lo creímos. Por mucho que fuese su celo religioso, no podía ser que las cegase hasta el punto de no darse cuenta de toda la horrible fealdad de semejante paso. Plácenos poder consignar aquí, que no nos habiamos engañado—según nos informan, todas, sin excepcion, estuvieron correctísimas, limitándose á ofrecer las benditas cedulas, á los que penetraban en el recinto en que habia sido instalado el bazar.—Bien por la cordura y sensatez de las lindas vendedoras!

A buen seguro que á D. Crisanto no le habria desagradado un asalto contra los liberales en plena calle ó en plena plaza, importándole muy poco el feo que harian las niñas, porque como él ha de pensar como san Agustin y san Antonio y otros San, que la mujer es una mala borrica, puerta del infierno, escorpion, etc., etc.

Y qué mas queria decir del bazar? Ah! lo mejor se me olvidaba!

Queria decir á ustedes claramente, porque ya lo he insinuado, que según vox populi, eran tan pocos los que acudian al bazar en demanda de cedulas, que hubo que recurrir á una estratagema de la que se ha hecho uso muchas veces en nuestras guerras: á los que entraban en el bazar, se les pedia que saliesen á la calle por la confiteria del Gas y que volviesen á entrar y volviesen á salir y así sucesivamente, hasta simular una extraordinaria concurrencia. ¿Qué risa! ¿Los hubieran disfrazado, como se hace con los acarreadores de gatos electorales!

Juvenal.

TARJETONES

—o—

Virginia Brignole.

Tentado estoy por quedarme con el encabezamiento. Ruego al lector barbudo á la espiritual lectora que no den interpretacion torcida á mi tentacion.



Quando digo que tengo tentaciones de quedarme con el encabezamiento, quiero decir esto: por muy maravillosa que sea mi máquina fotográfica, es más que probable que ella no sea capaz de echar al papel con toda la verdad requerida, el retrato de Virginia en la que es bello hasta el nombre.

TARJETONES VIRGINIA BRIGNOLE

Daguerre.

con lo cual si no habría satisfecho en toda su extensión la curiosidad de mis adorables lectoras, cuando menos habría satisfecho mi conciencia de escritor que me dice a gritos:

—No abordes temas superiores a tus fuerzas. Y bien! Lo abordo. Para algo anda escrita aquella máxima latina, que os daré traducida:

La audacia ayuda a la fortuna. Habrase visto una frase más llena de maquiavelismo jesuítico?

Pero vamos al retrato! Mas antes una explicación, ó mas que una explicación una protesta.

Se ha dicho por algunas bellas lectoras que las que no tienen novio entre los colaboradores de FIAT LUX no deben esperar tarjetón.

Que me emplumen si esa especie no la ha circulado Don Crisanto!

Pues no, señoritas. No y mil veces no. ¿Acaso solo los novios tienen derecho de admirar la belleza de las niñas?

Protestamos contra afirmación tal y garantimos, que en todo esto no anda el amor, ni siquiera la simpatía, sino la justicia.

A la que lo merezca se le hará tarjetón y a la que no, no.

¡Votá tú!! Espero de la amable Virginia que me disculpara que me esté ocupando de estas cosas.

Es ella tan bondadosa, tan suave en su trato, tan indulgente para con los que faltan que no dudo que disimulara mis digresiones hors de theme.

Como me desquite un poco me va a salir esto escrito en francés!

Lo cual no estaria del todo mal. Jamas he encontrado idioma más adecuado para cantar la belleza, que el francés, y hasta estoy por creer que sin ese idioma no habría Molières, ni Hugos, ni Lamartines para admiración y deleite de todos los que aman la buena lectura.

Virginia es pues, de esas bellezas cuya descripción es difícil, por la misma razón porque es difícil describir lo sublime.

Diez y seis años, un cuerpo que no tiene nada que envidiar a las estatuas de Fidias ni a las figuras de Apolos; unos ojos sonrosados y llenos de miradas dulces; una boca plegada siempre por una sonrisa angelical!

Y luego... una alma candorosa y pura, agena a todo lo que no sea noble y bueno; un alma en la que siempre encuentran eco simpatía las buenas ideas, que se estreman a la presencia del dolor ageno y que no encuentran placer mayor que mitigarlo si le es posible.

Y aquí, punto, que se me observa por el regente que se ha agotado el espacio disponible en las columnas del FIAT LUX.

Daguerre.

AMOROSAS

Las cerezas

(De Victor Hugo)

Por cerezas a los huertos fui muchas veces con ella. Con sus brazos, que al de Paros blanco mármol avergüenzan, por el tronco encaramándose,

Trepaba al árbol ligera; Y entre las trémulas hojas Que agitaba el aura inquieta, Ora por el sol bañada, Ora por sombras cubierta. Su alabastrina garganta Destacábase hechicera. Las altas ramas doblando, Su mano buscando en ellas El fruto, rojo cual llamas En haz de inflamada leña,

Detrás de ella yo subia; Descubriase su pierna, Y a mis ardientes miradas, Encendida de vergüenza, Sumirada ruborosa Les decía, «estás quieta.» Y entonces cantaba, y luego Entre sus dientes de perlas Una cereza a mis labios Ofreciales risueña: Y yo, tambien sonriendo; Acercábame a cogerla; Pero le robaba el beso Y dejaba la cereza.

A Elvira.

(De Lamartine.)

—Aun el Anio murmura De Cintia el dulce nombre a la espesura Del viejo Tibur; el amor de Laura Cuenta en Valelusa suspirando el aura, Y Ferrara dirá a la edad futura La belleza inmortal de Eleonora; ¡Feliz beldad la que el poeta adora! ¡Dichoso el nombre que inspirado canta! Oh, tu, que de su amor la ofrenda santa Sin secreto recibes: Vano será, si contra ti levanta La muerte su segur: eterna vives! De la pasión consagra la memoria. La poesía, y con osado vuelo, La amada y el amante eleva al cielo. Do está asentado el templo de la gloria.

¡Ay! si mi pobre nave Que a merced de los vientos hoy resbala, Fijando el rumbo incierto A impulso de otro soplo más suave, Doblar pudiera el ala, Cual ave perseguida, en feliz puerto; Si brillase en mi cielo sol más puro; Si lloros de una bella los enojos Pudieran aplacar de airada suerte, Y apartar de mis ojos Las sombras de la muerte, Audaz acaso... Mi ambición perdona, ¿Que no ambiciona quien de amor delira? Acaso audaz robando tu corona, ¡Oh nùmen de la ira! Emulase a mi amor mi loco intento, Y a la mujer que mi pasión inspira Alzara un monumento! Tal, cuando al pie del árbol del camino Detiénese un momento Cansado el peregrino, Del tronco amigo que su frente escuda Graba una cifra en la certeza ruda.

¿No ves la tierra, de alegría y luto Siempre vestida? desnudar la verde Pompa mira a las selvas, y que el fruto El fértil campo marchitado pierde. Ancha lumba en la mar encuentra el río, La verdura del prado Del cierzo amarillea al soplo frío,

Y en su rodar eterno Ya el carro del otoño va impulsado Por la aterida mano del invierno.

Cual génio destructor, que el brazo fuerte Armó implacable de inmortal cuchilla, El tiempo; con el hierro de la muerte, Todo a sus pies lo humilla. Así la mies dorada caer vimos Al golpe de los rudos segadores: Así a la vid lozana Arranca del Octubre la aspereza Pámpanos y racimos. De la efimera vida dulces flores, Así perecereis: fugaz belleza, Rosa de una mañana, Radiante juventud, tiernos amores, Así perecereis, si agradecida No os dá la voz del génio eterna vida.

Al que embriaga el placer, festivo coro, Compasiva descienda tu mirada: Cuando arroja la cansada La mística juventud su copa de oro, Dime, ¿que queda de ella? Ni un nombre, ni un recuerdo, ni una huella. Silencio eterno sucedió al sonoro. Cantar de sus amores parenteros; La losa funeral su olvido sella. Mas tu ceniza fría Desparecerán los siglos venideros, Y tú vivirás siempre, ¡Elvira mía!

NOTAS RISUEÑAS

I Que los ojos divinos de una chica En inocencia y hermosura rica Perder hacia a muchos la cabeza Un beodo aristócrata observó Y en consecuencia lógicamente sacó Que es champagne del alma la belleza.

II Poniendo en grave aprieto a cierto poeta Entregado al estudio de la historia, Socarrona preguntale una vieja Cual de sus hijas es la más hermosa Si Concepción ó Eleua, Y él que por bellas a las dos adora De pronto le contesta Con voz enfática y profunda sorna, ¿No sé si Romavale mas que Atenas No sé si Atenas vale mas que Roma!

III Con bronco acento y gravedad de dómine, Asiando con las manos las solapas De su chaquet raído Qué ya un lustro pasó entre polvo y grasa, A los alegres niños de una escuela Un examinador les preguntaba, ¿Decid examinandos, sabéis la Biblia? Y los niños despues de breve pausa En que quedaron mudos y perplejos Respondieron que sí con algazara, Lo que hizo que el señor de la pregunta Les hiciera callar con la campana. (h) Bien!—Sabéis que Eva la mujer primera De Adan con la costilla fué formada, Con la que tal milagro se alcanzara? La clase ante un problema tan profundo Dió en masa por respuesta la callada. Mas de pronto, un pequeño muy ladino Que dos palmos del suelo no levanta,

La mano alzando con orgullo, grita, Yo sé, yo sé, fué una costilla falsa!..... Eco de solución tan ingeniosa Fué un coro de sonoras carcajadas. Epilogo—los hombres muy contentos Y las niñas, corridas, coloradas.

Stat nomini umbra.

(1) Esta escena auténtica tuvo lugar hace algun tiempo en una de las escuelas rurales de este Departamento donde a guisa de campanilla enarbolaba el maestro un cencerro con proporciones de campana.

CHISPAS

Está visto que los católicos del Salto ya no se entienden! Y sino, oigan vds. este diálogo cuya exactitud garantimos:

Don Crisanto—Que me dice usted del señor Fiscal, que se ha marchado a la francesa y en visperas de inaugurarse el bazar, él, a quien yo lo tenía por un católico tan ferviente!

Una niña—Es verdad. Algunos darchos fiscales... algun asunto urgente.

Don Crisanto—No hay asunto mas urgente, que preocuparnos de salvar nuestra alma de las llamas del Infierno.

La niña—Si, padre, pero vd. vé tambien, que permitir que se defrauden los intereses del fisco, podria ser causa para que se le arrojase en cuerpo y alma a las llamas de la vagancia, ese infierno no menos temible que el de que Vd. habla.

Don Crisanto—Pues aun así y todo, no ha debido irse, y si quedarse, para dar lustre y esplendor al bazar, con su presencia. Ah! hija, muy malos tiempos corren para la religión! ¿Quién diria que el Sr. Otero tambien habia de mirar con indiferencia nuestros santos esfuerzos! Razon tienen en parte los liberales del Salto, para no quererlo y criticarlo hasta por los actos más inocentes, como aquel de verrar unas puertas, con el que tanto barullo hicieron!

Ya no son solo los liberales mayores de edad los que hostilizan a D. Crisanto: hasta los muchachos quieren fírlarle piedritas, cosa que a fuer de enemigos leales, somos los primeros en reprobar.—No, las cosas que sostienen los clericales, aunque lo parezca, no son juguete de niños.

Pues es el caso, que el otro día, y en momentos en que D. Crisanto se dirigia al bazar, una turba de muchachos que se habian estacionado en la vereda de la casa de La porte (cosa de muchachos! empezaron a «balar» de una manera descomunal!

¿Pero porque habrán hecho eso los muchachos? Quien sabe si no han oido hablar del cordero Pascual y se han creído que nuestro cura párroco, es tambien un cordero.....Crisanto!

Lo repetimos sinceramente: los niños no deben meterse a hacer manifestaciones anticlericales, y mucho menos del género de la que narramos.—Que es eso de balar? Son vds. acaso ovejas? Ustedes habrán oido decir que el Papa es el «pastor» de la iglesia católica, apostólica y romana, pero eso se dice metafóricamente. Meta... fori... ca... mente, oiganlo ustedes bien, niños, aunque no lo entiendan, y no le balen mas a D. Crisanto!

¡Ya llegó! ¿Quién? San Vicente de Paul!

Si señores, ya llego y de la vida no mas. Es solo motivo de una pequeña discusion, de lo que voy a enterar a ustedes.

El Sr. S. me cuesta cinco pesos. Y que? Que a ciertas damas les ha parecido muy caro, fundandose en que es muy chico para tan sabido precio. Otras en cambio opinan que es barato. Una de ellas, que por lo visto debe ser madre de familia, dice en apoyo de su opinion: "Ah, ven Vds. que tiene dos hijos y eso que vale nada".

Claro, lo hubieran pedido sus hijos y les habria costado mucho menos.



Si la montaña no tiene hacia ti, ve tu hacia ella. Este consejo, y sus seguidores al pie de la letra las orientaciones del baron.

Como las cosas no tienen a comprar cadulas, se resolvio manijarse las hayo perfumados con incienso sobre.

A cuya insinuacion contestaron casi todas las damas: "No, si esas cosas las quisieramos, comprariamos de pie ellas y se quedarían muy seguras, cada correspondencia a la papel de montañas".



Ha dado motivo a muchas aventuras por parte de las damas que se van a su campo la direccion del campo en dependencia del tiempo, en caso de lluvia controla con respecto a las reducciones de dicho campo.

Es el caso que desde el primer día empezaron a apartar el agua de las montañas muy cortadas, que se venia de una mano criminal, cada una de las manos de algun, con una red que a las montañas y ma puera entre los y de la tierra.

Una de las señoras se encontró con una cadula que decía textualmente:

Donde estabas con mi cadulas,
Ya me voy con este otro premio,
Y a la niña mas linda de la tierra.

Y a la vez preguntaba con insistencia que ella se encontraba en que se iba una cadula de la tierra, y ella le dijo un tanto sorprendido: "Esa es una cadula de la tierra, y no se puede poner en un campo de la tierra".

A una de las señoras que tiene para recibir a cada una de las damas con las damas si se van a la tierra, y ella le dijo: "Esa es una cadula de la tierra, y no se puede poner en un campo de la tierra".

Y a la vez preguntaba con insistencia que ella se encontraba en que se iba una cadula de la tierra, y ella le dijo un tanto sorprendido: "Esa es una cadula de la tierra, y no se puede poner en un campo de la tierra".

Y a la vez preguntaba con insistencia que ella se encontraba en que se iba una cadula de la tierra, y ella le dijo un tanto sorprendido: "Esa es una cadula de la tierra, y no se puede poner en un campo de la tierra".

Y a la vez preguntaba con insistencia que ella se encontraba en que se iba una cadula de la tierra, y ella le dijo un tanto sorprendido: "Esa es una cadula de la tierra, y no se puede poner en un campo de la tierra".

ROMPE CABEZAS

- 1—Verde
2—Azul
3—Rojo
4—Amarillo
5—Naranja
6—Púrpura
7—Gris
8—Blanco
9—Negro
10—Dorado

Cuadrado

S A R A
A M O R
R O S A
A R A R

Resolvieron los mismos.

Anagrama

MARGARITA DELLA CELLA

Resolvieron los mismos.

Losange

A
O R O
O R T I Z
A R T I G A
O L G A S
Z A S

Resolvieron los mismos.

Charadas

I.

Cinco silabas tiene
En cada una está el todo,
Con que medita!

II.

Con la primera y segunda
de mi tercera,
le regalo yo el todo
al que lo quiera.

III.

Soy el nombre de un varon
Y tambien de un vegetal,
Yes, a ras, mi solucion
El nombre de un mineral.

Cuadrado

- 1—Sirve para andar.
- 2—Es cosa de paperos.
- 3—Vegetal.
- 4—Verbo de la primera.

Fuga de consonantes

A e l u n a o o o e e e e e e e
A o e e e e e e e e e e e e e
A o l l e e e e e e e e e e e e e
A o u e e e e e e e e e e e e e

Roque Barcia

Resoluto de letras

ZMEARERCEHATGU

Sacar el nombre de una serpiente del Sudo.

Adivinanza

Señal verde en la puzas
Se queda queta, camina,
Atis para las cosas,
Pero nunca para arriba.

NOTICIAS

Problema historico... (The text is very faint and partially obscured by a large shadow on the right side of the page.)